Hernán Mora Calvo

Roberto Murillo y los fines de la filosofía. A modo de homenaje póstumo

---

*Ser hombre es fácil, ser auténtico
hombre es difícil.
Hombre es quien decide su destino,
es decir, tres o cuatro.*

Proverbio trapense

¿Y para qué sirve la filosofía?

Una pregunta muy sencilla y demasiado complicada para ser respondida. Es una pregunta para ser contestada de muchas formas, y sin duda para dejar sacar algo de ironía.

Quienes se hacen esa pregunta, dice Roberto Murillo, obviamente no han sentido ni sienten eso que Aristóteles y Platón llamaron el asombro y la admiración; tampoco han vivido eso que Heidegger llamó la *cura-angustia*. Y así, llegamos a una reflexión robertiana, cargada de humor socrático: "Planteada por quien no ha experimentado la *admiración* ni la *cura-angustia*, la respuesta tiene sin embargo alguna razón: la filosofía, o mejor, el filosofar, no sirve para nada determinado"¹; y para completar la ironía añade con carga de poeta y agrega de su querido Machado: "lo malo es que no sabemos para qué sirve la sed"². Luego, hacer la pregunta es tanto como experimentar querer ser saciados; hacer filosofía es querer saber, sentir sed del saber sobre algo o sobre alguien, o sobre todo.

Sentir sed significa en este caso: aclarar el sentido de la vida y de la muerte, la realidad del existente y el puesto del hombre en todo ese conjunto; sentir sed es un hacer que no apela a

significaciones particulares, sino universales (los problemas del Todo), ante los que cabe a veces respuestas tan audaces como humildes. Unida a esta reflexión agrega una densa observación: los mejores logros filosóficos se efectuaron como *aventuras filosóficas* en momentos históricos peculiares vinculados a la aparición de grandes teorías científicas y revoluciones tecnológicas. Por estas razones, continúa, la filosofía tiene que abarcarse a la totalidad de la relación entre el hombre y el mundo; y, dicho sea, esta totalidad debe ser considerada a partir de dos considerandos: bajo la forma de la muerte y bajo la forma de la vida.

Filosofía como preparación a morir

Hay, en primer lugar, una forma de hacer filosofía y es aceptando la condición perentoria del ser humano ("así como otros mueren, yo moriré"). Sin embargo, la muerte propia se puede asumir con autenticidad (consciente y libremente) o se puede rechazar elaborando evasiones o negaciones. Ahora bien, asumir auténticamente es postular de manera radical ciertas consideraciones sobre cómo situarnos ante nuestro particular e irrevocable momento de morir. Así, y en primer lugar, tenemos que toda la filosofía de Platón conduce a ese momento. Observación robertiana que una vez dicha aterroriza o nos frena en seco: la razón es clara, todos los temas platónicos —el hombre, la dualidad, la separación alma y cuerpo, lo bello y lo bueno, el acceso a la virtud (*areté*)—, son invitaciones a saber morir; es más, son invitaciones a saber morir porque morir es un proceso de la vida inmortal del alma.

En segundo lugar, otras filosofías tienden a hablar de la situación del hombre frente a la muerte pero realizan un agónico e incesante proceso dubitativo: ¿y existirá el alma y la inmortalidad? Así, la posibilidad de desaparecer como ente y la duda sobre la realidad del alma y de la inmortalidad se convierten en el modo de sus vidas y en el objeto de sus especulaciones filosóficas. Es el caso de Unamuno, quien se repleta de luchas personales, de diálogos novelados, que no pueden acallar la interna lucha de su corazón que clama por la claridad para conocer si realmente es de alma inmortal. Unamuno es el luchador frente a lo inconcebible, frente a la resignación: "su filosofar fue una lucha contra la resignación frente a la muerte"³.

En tercer lugar, encontramos autores que hacen filosofía *enfrentando-se* a la muerte, situándose *frente a* la muerte y sin importarles si hay o no inmortalidad del alma. Es el caso muy particularmente palmario de Heidegger. Soy yo frente a la muerte, me asumo como libertad frente a la muerte y nada más me importa. Y hasta Antonio Machado hace de la muerte y de la causalidad de la muerte motivos para hacer filosofía. En esta perspectiva la muerte como tema filosófico se justifica desde la misma muerte, desde ella se le deben tratar de extraer sus sentidos, "la decisión resignada de morir, y la no menos paradójica *libertad para la muerte*"⁴. No se trata, por tanto, de aceptar la muerte como paso a la eternidad, a una vida más allá de esta realidad; se trata de que hacer filosofía desde la situación de la muerte es, en este tercer caso, la aceptación concreta de nuestro particular momento de morir, es el reconocimiento de nuestra finitud en el tiempo, la libre aceptación de que tarde o temprano hemos de dar ese paso que nos estaba reservado desde nuestro nacimiento.

Filosofía para la vida

Pasamos a la posición que hace filosofía desde la vida misma. Esta posición es representada, según Roberto Murillo, por el judío y pulidor de espejos, que se dedicaba en sus ratos libres al "amor intelectual de Dios", Spinoza. Según el planteamiento spinoziano, el ser humano asume

la realidad como una causalidad, nunca la ve como un azar o destino. De esta manera la vida del hombre transcurre entre elecciones, en el progreso de su voluntad ordenada, en la comprensión del orden causal de todas las cosas de la naturaleza, que según Spinoza es Dios. Hacer filosofía es, entonces, el intento por conocer ese conjunto de leyes naturales pero englobadas por la unidad de la sustancia divina, quien sería el ente único. Hacer filosofía es preguntarse por esos elementos que constituyen esencial y magistralmente la naturaleza entera, es preguntarse por la vida misma, porque toda la vida está escondida geoméricamente en la existencia única de Dios, quien siempre ha sido y quien siempre es y será.

Dialéctica sintética de la filosofía

¿Son incompatibles ambas posturas para hacer filosofía? Tal parece que don Roberto dice que no. La muerte puede ser pensada tanto como negación de la vida o como hecho inscrita en la vida misma, como la sombra de la vida, el otro lado de la vida, como *ese otro* que sólo se da mientras la vida sea. Tal planteamiento jugaría bien con Hegel. Y también se puede pensar a partir de Kant. La muerte sería la negación de toda posibilidad de encontrar la ley moral dentro de nosotros y el cielo estrellado sobre nosotros; esto es, sería la negación de toda posibilidad de admiración o de elaboraciones a partir del ejercicio de nuestra racionalidad pura o del ejercicio de nuestra racionalidad práctica.

Conjuntamente, estas dos maneras de hacer filosofía, en consecuencia, nos conducen a la enunciación de lo que se puede entender como los fines, propiamente robertianos, de la filosofía.

Los fines de la filosofía

Ante todo la filosofía aparece no como preparación para la muerte, ni como preparación para la vida, sino como una síntesis de ambas realidades, como meditación de la vida. En un párrafo revelador leemos: "Con todo, la filosofía como meditación de la vida, al no ir dirigida solamente a la vida en su totalidad, a lo existente en globo, al

ente en su conjunto, sino a las partes de este todo, a los detalles, da origen a las ciencias particulares y a las técnicas, es un movimiento que va desde la inquietud por el todo y la nada hasta la curiosidad por lo más particular y el interés por el bienestar que el hombre puede extraer de tal conocimiento⁵. Esquematicemos los alcances que se logran con esa actividad teórica y práctica que es la filosofía en tanto meditación de la vida, según Roberto Murillo:

1. Se considera la vida en su totalidad y la vida en sus componentes particulares.
2. Se aprende a dirimirse, a enfrentarse, a la realidad de las cosas en tanto detalles que aparecen.
3. El enfrentamiento, el roce, con las cosas y sus detalles produce el advenimiento del juicio científico y del quehacer técnico.
4. Se desarrollan dos aptitudes y actitudes propiamente humanas: la inquietud y la curiosidad.
5. El desarrollo de la inquietud se relaciona con el desempeño filosófico propiamente especulativo, la preocupación por la temática del Todo y la nada.
6. El desarrollo de la curiosidad se relaciona con el desempeño de las actividades particulares y con ello con el origen del pensamiento científico, analítico, y el progreso de la ciencia, la técnica y la tecnología.
7. Finalmente, se puede extraer del quehacer filosófico, en cualquiera de esas dos vertientes, la dicha de un bienestar.

En otro orden de alcances se encuentra lo que podemos llamar la orientación del pensamiento de las futuras generaciones. En efecto, Roberto Murillo observa que es un error de la mayoría de tratadistas ignorar u omitir que la filosofía se desempeña en medio de cambios científicos y tecnológicos. En otras palabras, que la filosofía

(incluida la metafísica) tiene natural prolongación en las ciencias teóricas y en las disciplinas prácticas. En vista de ello, es necesario recalcar que muchas veces la filosofía no se entiende sin la ciencia teórica y que en sí misma es algo más que arte de elaboraciones abstractas. La filosofía va de la mano del desarrollo de las ciencias. Hay ejemplos suficientes en la historia del pensamiento⁶, y esos ejemplos demuestran que también florecen como pensamientos, dadas las condiciones que tuvieron como circunstancias.

Y si bien don Roberto se esfuerza en destacar el papel de la filosofía en la elaboración de estos caminos, hay uno que parece particularmente llamativo: filosofía como "ejercicio para la Ilustración". He aquí la cita que arrebatándosela a Kant se la apropia como identificadora de su vida y de su práctica docente, la cual me constó perennemente: "Ilustración es la salida del hombre de una minoría de edad imputable a su propia culpa. Llamamos minoría de edad a la incapacidad del hombre para usar de su inteligencia sin la dirección de nadie. Y decimos que es imputable a su propia culpa cuando su causa no se debe precisamente a la ausencia de entendimiento, sino a la falta de decisión y de valor para servirse de él sin recurrir a la dirección de otro. *Sapere aude!* ¡Atrévete a usar de tu propio entendimiento! Tal es, pues, la divisa de la Ilustración"⁷. Este fin puede ser el fin más trascendental de la filosofía, por lo menos para Roberto Murillo. Es el fin más fuerte, sea desde la filosofía misma, desde el sujeto que se atreve a plantearse y se arroja el derecho y deber de construirse, y hasta para la sociedad que la recibe o incluso puede rechazarla. Por otro lado, nos queda claro que este fin es un fin ciertamente de la filosofía y que tal como se consigna en la obra de Roberto Murillo es un grito de Filósofo, y de Filósofo que ha leído a Kant, y de Filósofo que ha estudiado en Francia, y de Filósofo que lucha por la libertad y las libertades, entre ellas la de pensamiento y la de expresión. Resulta así, que la filosofía está para pensar, para situar al ser humano entre el cosmos, para tomar decisiones y dirigirse por uno mismo. La filosofía es una alternativa ante todo patético acto esclerótico o petición esclerotizante o necrotizante⁸.

A modo conclusivo o el fin más inmanente de la filosofía

Don Roberto como Filósofo

Y así, y en modo conclusivo, llegamos al fin más inmanente de la filosofía⁹: la filosofía es parte constituyente de resto del saber; cualquier persona en cualquier saber implícitamente hace filosofía, y lo hace porque responde a inquietudes propiamente humanas y porque el planteamiento de las soluciones a las interrogantes que los humanos se hacen son una ubicación, sea teórica o sencillamente práctica de la acción más rutinaria propia de la vida cotidiana. En fin, que la filosofía es una manera de enfrentarse, de situarse frente a la realidad. Por eso, concluye don Roberto: "La filosofía no es nunca un saber concluido ni una definitiva ganancia, sino una actividad autónoma de la persona frente a la realidad en su conjunto y frente a las opiniones de los otros"¹⁰.

Ahora bien, hemos dado varios fines de la filosofía. Y la utilidad de los mismos es y era, según Roberto Murillo, ilustrar con claridad qué es filosofía y para qué se utiliza la misma. Indirectamente, decimos nosotros, nos conduce a cómo plantearnos hacer filosofía. Todos estos planteamientos, nos conducen abiertamente a que la tarea filosófica es, en el pensamiento de Roberto Murillo, una tarea necesaria, ineludible, y altamente provechosa, sea para el individuo singular que la efectúa o sea para la sociedad que la recibe. Sin embargo, es patente que la filosofía robertiana insiste en que la filosofía sirve para ILUSTRAR, no para repetir. Es evidente que la filosofía robertiana sirve para construir y coadyudar a los progresos de carácter científico y tecnológico; por eso, la filosofía no tiene el *a priori* axiomático de condenar la ciencia y su evolución; antes bien, la filosofía sí puede tener (o mejor, debe tener) el *a priori* o el axioma —si se prefiere— de examinar todas las cosas con el ojo de la razón y no con el pre-juzicio de la imposición.

La tarea de la filosofía es, entonces, según Roberto Murillo, un quehacer inteligente, una elaboración de construcciones mentales en todos los posibles campos de las acciones y desarrollos humanos. Es una capacitación y como tal sólo

puede haberla desde el momento en que cada quien se decida a asumirse como efector de sus propios pensamientos, como auténtico realizador en su propia vida y de su propia vida. La tarea de la filosofía, en consecuencia, es ardua y exigente, pero no es inútil. La filosofía prepara la vida, consecuentemente, y también nos permite acercarnos a alternativas para asumir la muerte, y es esencialmente un ejercicio que nos invita a reflexionar sobre la vida.

Notas

1. Roberto Murillo. *Tres temas de filosofía*. San José: EUNED, 1985, p. 23.
2. *Loc. cit.*
3. *Ibid.*, p. 26.
4. *Loc. cit.*
5. *Ibid.*, p. 27.
6. Don Roberto brinda un par de ejemplos quiméricos: (1) Euclides, Arquímedes y Platón: en el mismo espacio y momento cultural desarrollan con su inteligencia explicaciones sobre el mundo. Euclides construyendo un sistema geométrico; Arquímedes inventando máquinas para la guerra; y Platón elaborando su filosofía de las formas. (2) Descartes, Spinoza y Leibniz; Descartes mismo elabora una geometría no euclídea, llamada analítica; Leibniz idea el cálculo infinitesimal, planteamiento que favorecerá el desarrollo de la ciencia y la tecnología y precipitará la revolución industrial; los tres juntos que con su inteligencia organizan lo que la historia del pensamiento denominará el racionalismo.
7. La cita es de un pasaje de la obra de Kant "¿Qué es la Ilustración?" citado por R. Murillo: *op. cit.* p. 29.
8. A modo de anécdota: el autor se encuentra en San Pedro con don Roberto, después de tomar café juntos, el autor se tiene que marchar a impartir lecciones: "Bueno Maestro, me voy a combatir la ignorancia". El Maestro sonríe y socarronamente agrega: "No haga muchos esfuerzos... ¡A veces es epidémica!"
9. Segunda anécdota: Estando el autor haciendo su tesis de licenciatura consulta a don Roberto sobre el tema de la inmanencia. Respuesta inicial: "La inmanencia... es una palabra bastante distinguida para referirse a algo que se supone que todos llevamos dentro y que nadie puede explicar a ciencia cierta qué es".
10. Roberto Murillo, *op. cit.*, p. 29.